

El rostro de las cosas

Por Miguel LEÓN-PORTILLA

Para A. H. T.

Tratar de comprender el pensamiento y el arte de otras culturas equivale a querer ampliar el campo de la propia conciencia para hacer entrar en ella algo de las ideas y emociones de quienes actuaron y pensaron en contextos distintos. Abrir así voluntariamente la conciencia para repensar y, hasta donde se pueda, volver propio lo ajeno, ha sido frecuente y fecundo a lo largo de la historia de la cultura. Así se enriquecieron los griegos con el pensamiento del Cercano Oriente; así se repensó más tarde el mensaje cristiano en los días del Helenismo. También los romanos y después los otros pueblos de Europa, con sentidos diversos revivieron en sí mismos el antiguo legado, interpretaron y reinventaron viejas ideas, hasta encontrar nuevas formas de raíz con significación universal.

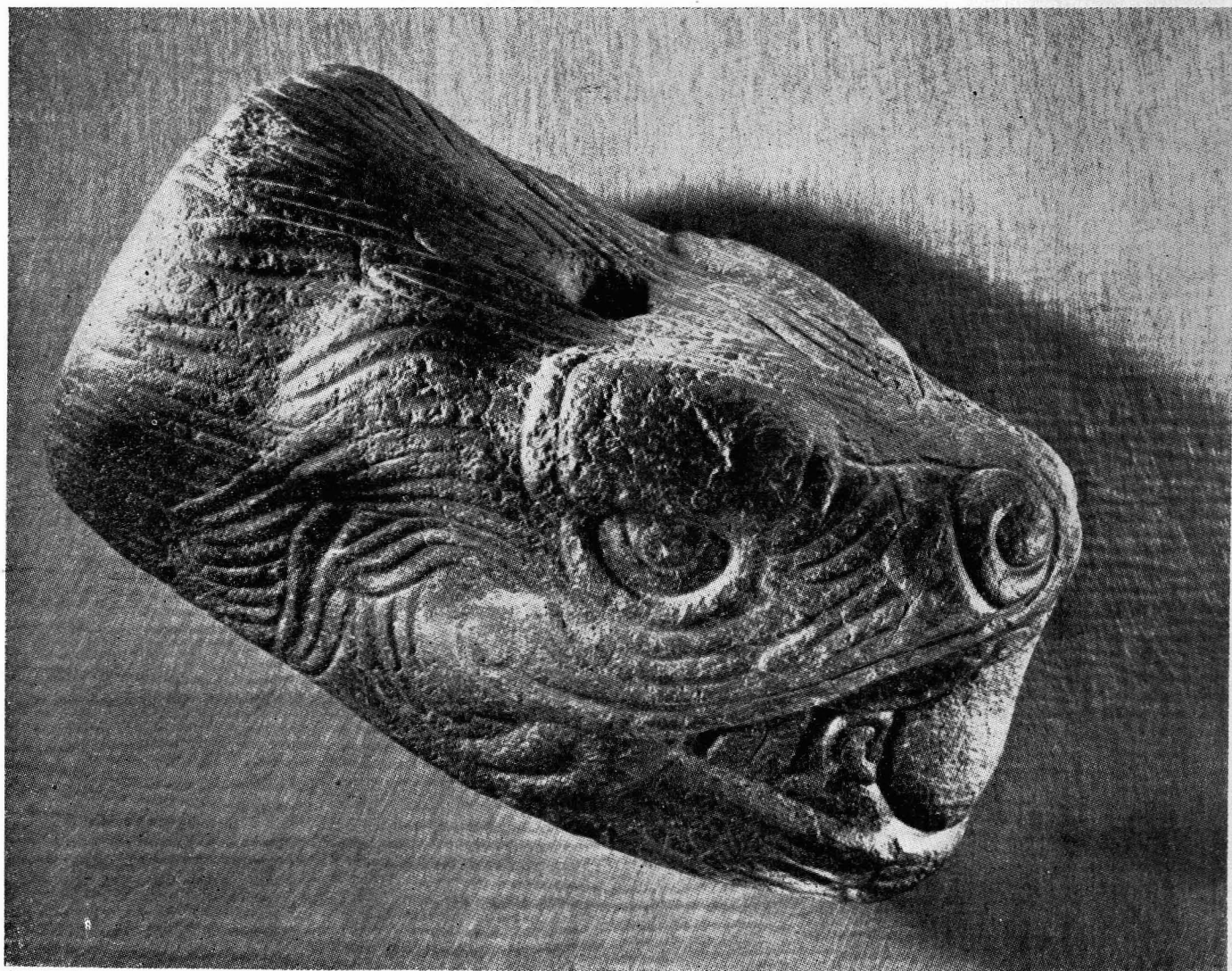
Porque, en lo que concierne al arte y al mundo de las ideas, acercarse a las creaciones ajenas, es principio de fecundación que puede llevar a nuevas formas de concebir e inventar. El arte y los antiguos textos clásicos de una u otra cultura, por un espontáneo y casi universal empeño de "libre examen" se transforman así en pretextos para pensar. Tal parece el sino de la evolución cultural humana que, si ha de producir algo, ha de abrirse antes a inspiraciones e ideas que, al menos en su origen, proceden con frecuencia de otros rumbos del universo.

Aplicando conscientemente esto al caso de las culturas prehispánicas de México, no es absurdo afirmar que, quien entable un diálogo con sus antiguas creaciones y textos, podrá también encontrar pretextos para pensar y actuar, dentro ya del contexto del hombre actual. Si en otras ocasiones ha sido propósito nuestro presentar algo de lo que fue el pensamiento del mundo náhuatl, queremos ensayar ahora esta forma de diálogo, y hacer, con perdón por la insistencia, de los antiguos textos, pretextos que encaminen al pensamiento y le abran tal vez perspectivas nuevas.

Recordemos algunos de esos textos-pretextos: los que son expresión del interés de los sabios nahuas por lo concerniente al rostro humano, que los llevó también a hablar paradójicamente del "rostro de las cosas." Si la palabra y la idea de "cosas" es vaga y general, y se refiere a todo aquello cuya posible forma o se desconoce o se piensa que no tiene importancia, el concepto de rostro parece implicar aquí determinación y guía que mueve a buscar perfil y significación en el campo sin límites de lo que existe.

Para empezar recordemos que, con su lenguaje a base de metáforas, describían los nahuas al hombre como "el dueño de un rostro y de un corazón". De sus antiguos maestros decían que su misión era "hacer que apareciera en los hombres un rostro, poner un espejo delante de los rostros para hacerlos cuidadosos y sabios". De aquí se derivó también el concepto náhuatl de educación, "neixtlamachiliztli," la acción de hacer sabios los rostros de la gente. Y también de igual preocupación nacieron los epítetos con que se describen los brujos o nahuales y los falsos maestros: "aquellos que echan a perder los rostros ajenos, los que hacen dar vueltas al rostro de la gente," los que destruyen aquello mismo que es atributo principal de los seres humanos. Y, al hablar de los artistas, la idea del rostro aparece de nuevo. Para ser creador, como los antiguos toltecas, antes que nada hay que ser hombre cabal: "dueño de un rostro, dueño de un corazón".

El propósito mismo de la creación artística se describe también insistentemente en los textos como el empeño por encontrar y plasmar un rostro en todo lo que existe. Para ello será necesario muchas veces "enseñar a mentir al barro", a la piedra, a los metales, a las plumas o al papel de amate de los códices. La "mentira" consistirá en atribuir significación y rostro a todo aquello que antes se presentaba sólo como "cosa". Así el barro amorfo podrá convertirse en un perrillo, o en una calabaza, o en una vasija, o en el rostro y figura de algún dios. Y con la insistencia, que lleva a repetir la misma idea en forma



"atribuir significación y rostro a todo aquello que antes se presentaba sólo como cosa"



"un arte concebido a la semejanza del hombre"

positiva y negativa, hablan finalmente los textos de los malos artistas como de quienes "no muestran el rostro de las cosas, lo desfiguran, lo meten en la noche, se olvidan de él". Testimonios son éstos del sentido que atribuyeron al rostro los sabios y artistas del México antiguo.

Dando ahora un paso más, dialogando con esos textos, buscamos no ya una explicación a la reiterada insistencia náhuatl por descubrir y forjar rostros, sino sobre todo la posibilidad de encontrar en esto la raíz de una idea de validez y significación universal. No sólo entre los nahuas, sino también entre gentes de otras culturas, como en el caso de los mismos griegos, la idea del rostro ha aparecido como un símbolo, antes que nada, de la propia persona humana. Pero, en lo que los nahuas más que otros insisten, es en una nueva forma de significación metafórica: como hoy "sacamos punta a un lápiz," así quiso el hombre prehispánico "sacarle rostro" a todo cuanto existe. "Sacarle rostro a las cosas" equivale a querer encontrarles o darles su lugar y su sentido propios, comprensibles y vinculados al hombre.

Aceptemos que en el universo nada hay tan significativo ni capaz de expresión, como los rostros humanos. Hagamos del rostro, en el que se reflejan sentimientos y emociones y en el que el gesto y la idea parecen aunarse, suprema metáfora de lo que cabe entender por *significación*. Recordemos que *significar* tiene por etimología las voces latinas *signum facere*, "hacer signos o señales, señalar o apuntar a algo". Justamente es el rostro del hombre un hacedor incansable de gestos y signos, de sonrisas y muecas que señalan, apuntan, niegan o afirman, expresan duda, alegría, admiración o temor. Significación del hombre es su rostro; "espejo del alma", decían los antiguos. Por esto, buscar en las cosas un rostro es querer encontrar en ellas una peculiar manera de sentido, de símbolo o signo, reflejo también de lo humano. Hallar, o tal vez mejor inventarles rostro a las cosas, es pretensión de humanizar hasta donde es posible a la realidad entera. En el fondo es hacer entrar al afán creador de la mente en el campo sin límite de un arte concebido a la medida y a la semejanza del hombre. De todo esto parece nacer un programa de acción: por una parte, "hacer rostros sabios" y acabar con las máscaras que ocultan la posible verdad de los hombres; por otra, inventar y atribuir a lo amorfo de las cosas y al misterio del mundo el simbolismo y la significación de los rostros, haciendo del arte raíz de comprensión.

En el mundo prehispánico los mitos y las esculturas, los dibujos de los códices y las pinturas murales, las mil formas de su cerámica y sus trabajos en el metal precioso, parecen otros tantos intentos de atinar con el rostro significativo y simbólico de los dioses y los hombres, de los animales y los vegetales,

con los árboles cósmicos, las águilas y los tigres, los peces y el monstruoso lagarto que simboliza la tierra. Las "aguas divinas" y sin límite, la tierra orientada hacia los cuatro rumbos del universo, los colores propios de los cuadrantes cósmicos, los pisos celestes, los astros y el supremo lugar de la dualidad donde reside el rostro masculino y femenino de Dios, son también expresión y simbolismo del rostro cambiante del universo que, a través de las edades, parece alternar momentos de vigilia y de ensueño.

Pero, si pensáramos un poco más y buscáramos otros posibles ámbitos de aplicación de esta idea del arte como invención del rostro de las cosas, podríamos ver cómo, en formas distintas e imprevisibles, ha aparecido también esto mismo en otros rumbos del mundo de la cultura. Quizá sea aventurado afirmar que no pocas de las tendencias o escuelas en el ámbito del arte han sido reflejo que da énfasis y pretende universalizar en las cosas, en los hombres y en los dioses un aspecto de la gama de expresión y simbolismo sin límites de que son capaces los rostros. Así, todas las formas de naturalismo han pretendido reproducir la integralidad del rostro humano que, idealizado, se transforma en Venus o Adonis y parece atributo supremo de los dioses. Pero, el rostro humano tiene además otros significados distintos si se mira de cerca o se contempla de lejos. De él puede decirse también que su capacidad de expresión puede volverlo expresionista y que, contemplado a distancia, refugiado en la penumbra, viendo la realidad como los mismos ojos humanos la miran de lejos, se sitúa ya en los perfiles vagos del impresionismo.

Inventar el rostro de las cosas no implica de manera alguna un arte concebido y realizado tan sólo a base de máscaras, efigies o caras humanas. Si Picasso ha pintado rostros angulosos y cubistas, Marc Chagall ha plasmado en sus famosos vitrales el rostro viviente de las doce tribus de Israel sin tener que acudir a las caras humanas. Múltiples e imprevisibles son las posibilidades del rostro de las cosas, del mundo y de los dioses. Encontrar o inventar "rostros" con o sin rostro parece a la vez sencillo y difícil. Es este asunto propio del afán creador de la mente que busca significados y símbolos y que, dialogando consigo misma, pretende humanizar, a la manera de lo más humano de su envoltura física que es el rostro, la realidad no siempre diáfana del universo.

Los textos estéticos de los antiguos mexicanos, su idea del rostro de las cosas, han sido pretextos de estas reflexiones bien o mal encaminadas. Frente a los mismos textos, otros podrán llegar a conclusiones distintas. Por nuestra parte, tal vez sólo hemos visto la superficie y la máscara que oculta al rostro verdadero del antiguo pensamiento. Pero, ¿si la sola máscara ayuda ya a pensar un poco, qué será descubrir el rostro?